

Modelo Universitario Nacional

Mayor competitividad y empleabilidad o más pensamiento crítico y formación integral

por Dante Castillo* y Mario Torres**

Desde un punto de vista sociológico, el actual modelo universitario nacional se acopló con el impulsado en la Unión Europea, fuertemente influenciado por el proceso de Bolonia. Éste ha recibido diversas críticas centradas principalmente en la manera en que este modelo afecta la función social de la universidad, la equidad en el acceso y la calidad de la educación.

En primer lugar, bajo la noción de mercantilización se cuestiona el enfoque que ubica a la educación como bien de consumo. Este reproche es el más recurrente y centrado en la creciente “mercantilización” de la educación superior. Esta mirada crítica considera que el proceso de Bolonia, al promover la competitividad entre universidades y la empleabilidad como objetivo principal, ha llevado a que la educación superior sea vista cada vez más como un producto de mercado. Es así como, los estudiantes, ahora “consumidores”, adquieren este producto para mejorar casi exclusivamente sus perspectivas laborales. Un énfasis que al mismo tiempo desvirtuaría la función intrínseca de la universidad, entendida como espacio de conocimiento, pensamiento crítico y desarrollo integral.

Al mismo tiempo, la priorización o el énfasis en la empleabilidad por sobre el conocimiento, ha derivado en una «instrumentalización» de la educación, donde los planes de estudio se diseñan en función de las demandas del mercado laboral a corto plazo, en detrimento de disciplinas humanísticas, artísticas o de investigación fundamental, en la medida que no tienen una aplicación directa en el mercado. Esto limita la capacidad de la universidad para formar ciudadanos críticos, reflexivos y con una visión más amplia del mundo.

La adopción de estas lógicas “empresariales” en la gestión universitaria, incluye una mayor presión por la financiación externa, la evaluación basada en métricas de rendimiento y la competencia por atraer estudiantes, erosionando paulatinamente la autonomía académica y la libertad de cátedra.

Por otra parte, pese al llamado a evitar la desigualdad y exclusión social, el acceso y la permanencia en la educación superior, no ha logrado terminar con las barreras económicas y sociales. Pese a los esfuerzos por la movilidad y la armoniza-



Elvira Valenzuela, Variación interior, 2019
(Gentileza Galería Patricia Ready - www.elviravalenzuela.cl)

ción de los diferentes roles universitarios, persisten o se acentúan las desigualdades en el acceso a la educación superior. Las diferencias socioeconómicas y culturales de origen siguen siendo un factor determinante en las oportunidades educativas y en las opciones que tiene el estudiante para elegir la formación y la institución universitaria en la que quisieran realizar su trayectoria educativa.

Aunque la matrícula y la mensualidad sea gratuita o de bajo costo, los gastos de manutención, material y, en algunos casos, otros gastos indirectos, continúan siendo una barrera significativa para estudiantes de entornos desfavorecidos. De igual manera, la familiaridad con el sistema educativo, el apoyo familiar y el capital cultural heredado siguen influyendo en el éxito académico, favoreciendo a los estudiantes de clases medias y altas. Si bien se fomenta la movilidad de estudiantes, esta puede ser inaccesible para aque-

llos con menos recursos, lo que perpetúa desigualdades geográficas y sociales.

También es importante señalar que aunque Bolonia, en su génesis, buscaba facilitar el reconocimiento de títulos y la movilidad, a la fecha se advierte que ha impulsado una cierta homogeneización de los planes de estudio y de los modelos educativos, lo que limita la diversidad pedagógica y la autonomía de las instituciones para responder a las necesidades específicas de sus contextos regionales o nacionales.

En algunos casos, como en el chileno, la expansión de la educación superior ha llevado a la “masificación” de la oferta universitaria, lo que también puede afectar la calidad de la enseñanza, la relación entre profesor y estudiante y la disponibilidad de recursos. Es decir, la masificación de la enseñanza superior no asegura por sí sola la calidad de la enseñanza y por el contrario, puede disminuirla. A modo

de ejemplo, el proceso de armonización y acreditación de títulos ha implicado una mayor estandarización de los procesos, lo que puede restar flexibilidad y creatividad a los enfoques pedagógicos y de investigación. Al mismo tiempo, en el caso de la investigación, la presión por la financiación externa y por la aplicación práctica del conocimiento, ha desincentivado la investigación básica y de largo plazo, disminuyendo la calidad en el avance del conocimiento y la innovación.

Otro aspecto distintivo del actual modelo universitario corresponde a la introducción del “enfoque por competencias” en la enseñanza superior. Sin embargo, en términos empíricos esta metodología, originalmente elegida para el desarrollo integral del estudiante y el profesorado, se ha concentrado casi exclusivamente en los aspectos técnicos. Específicamente, esta competencia técnica, asociada al modelo de Bolonia, se ha centrado en la adquisición de competencias específicas para el mercado laboral, desatendiendo la formación integral del estudiantado, y por añadidura, la promoción del pensamiento crítico, la capacidad de análisis complejo y la reflexión ética, elementos esenciales para una ciudadanía activa.

Esta misma perspectiva sesgada del enfoque por competencias, también se ha traducido en una nueva presión sobre los docentes universitarios. Los actuales académicos universitarios se ven sometidos a nuevas presiones, como la evaluación constante basada en métricas de rendimiento y la obtención de financiamiento externo, lo que se está traduciendo en una desviación y reducción en el foco de su labor docente e investigadora. Las actuales condiciones de la actividad universitaria se traducen en una dificultad para promover el pensamiento crítico y la formación integral.

La perspectiva sociológica al análisis de la implementación del modelo universitario difundido por la Unión Europea desde 1999 y transferido a las universidades latinoamericanas, en base a los acuerdos del proceso de Bolonia, muestra una tensión entre mayor competitividad y empleabilidad en un mercado globalizado y, por otra parte, el mantenimiento de la universidad como institución pública, garante de la equidad, la calidad académica, el pensamiento crítico y la formación integral de los ciudadanos. ■

*Investigador PIIE, **Académico UTEM.